

“COMPACTOS EN ESPÍRITU Y UNOS EN LA MARCHA ”

MARTÍ Y LA UNIDAD LATINOAMERICANA

Por Pedro Pablo Rodríguez

Corren hoy aires que parecen impulsar hacia los caminos de la integración latinoamericana. Tal parece que las cabalgatas de Bolívar, las insurgencias populares de Hidalgo, de Morelos y de otros próceres de la primera emancipación se extienden de nuevo por nuestras tierras para impedir la recolonización globalizadora del capital transnacional de Estados Unidos y para unir los esfuerzos de nuestra América hacia el desarrollo propio.

Desde tal perspectiva es oportuno repasar los finos análisis y razonamientos de José Martí, quien afrontó la primera embestida dominadora estadounidense mediante el llamado a la unidad continental y el intento de contribuir prácticamente a ella mediante la independencia de Cuba.

HACIA EL RESURGIR DEL ESPÍRITU LATINOAMERICANISTA.

Aún se trata de precisar por los estudios de la obra martiana cuáles fueron las fuentes iniciales de sus criterios latinoamericanistas. A Cuba habían llegado en sordina los ecos de la independencia continental, apagados por la dominación colonial española y el temor de los plantadores a cuanto pudiera poner en peligro su lucrativa propiedad sobre los esclavos. Por eso, a lo largo del siglo XIX, las sistemáticas dificultades en la formación de los estados nacionales eran presentadas como prueba del fracaso del republicanismo en la América española, tanto por los defensores de la monarquía como por los entusiastas del parlamentarismo británico y de la república norteamericana.

Los países hispanoamericanos, se repetía una y otra vez, no estaban aptos para el gobierno republicano debido a la incapacidad de sus masas llamadas bárbaras, de indios, negros, mestizos y demás sectores populares. La civilización debía imponerse, bien a sangre y fuego, eliminando a esos elementos considerados retardatarios cuando menos, bien mediante su deculturación a través de la modernización de sus formas de pensar, de su cultura y de sus hábitos de vida.

Los debates políticos e ideológicos solían moverse por los mismos carriles. Los conservadores proclamaban la necesidad de gobiernos fuertes al servicio de las clases propietarias e ilustradas, ya fuera una república oligárquica de pequeñas élites, ya fuera una monarquía excluyente de cualquier mecanismo de consulta y representación. Los liberales, por su parte, coincidían en rechazar a los reyes y a la aristocracia, pero generalmente tenían un sentido de la libertad restringido a los mismos sectores propietarios e ilustrados. Así, en todo el continente hubo caudillos en ambos bandos, más de uno de extracción popular y hasta indio o negro, pero ganados por la cultura, los intereses y las aspiraciones de la oligarquía, que supo servirse de ellos cuando los necesitó.

Por otro lado, esa desconfianza o rechazo profundo ante las masas populares, iba acompañada de una creciente admiración por la modernidad industrial y burguesa que se imponía velozmente por Europa occidental y Estados Unidos. Así se iba imponiendo el ideal del progreso frente al atraso secular continental, que se consideraba forjado, entre otros factores, por la propia dominación hispana, incapaz como metrópoli de ofrecer un modelo civilizatorio moderno.

Sin embargo, ya en la época de Martí varios movimientos de masiva participación popular fueron indicando a los sectores liberales más radicales que para transformar las antiguas estructuras coloniales y arrancar la hegemonía a las oligarquías tradicionales no sólo había que contar con los pueblos sino que se debía atender a sus anhelos.

La guerra mexicana contra el Imperio sostenido por Francia y los conservadores del país, la guerra restauradora contra la anexión de Santo Domingo a España, la Guerra Federal de Venezuela son casos señalados de lo anterior, que contribuyeron sin dudas a afianzar las modernizadoras reformas de corte liberal del antiguo estado y de las sociedades hispanoamericanas.

La isla de Cuba, atenazada por la persistencia del dominio hispano y la esclavitud se encontró con la crisis del sistema productivo durante los años 50 y 60 de aquel siglo ante la necesidad de avanzar hacia la abolición y la independencia. El 10 de octubre de 1868 marcó la clarinada doblemente liberadora —de la nación que surgía y de la esclavitud— que encabezaron al comienzo los hacendados del centro y del oriente y a cuyo llamado acudieron campesinos, esclavos, artesanos y pequeños propietarios de todo tipo. Lo social y lo político fueron desde entonces las dos caras de la misma moneda para el movimiento patriótico insular.

Se creaban condiciones para recuperar aspectos esenciales del ideario emancipador de la primera independencia. Los más radicales comprendían que los males eran similares en toda la región y que se debían abatir de conjunto y a la vez en todas partes. Y en las Antillas españolas, las principales figuras patrióticas fueron la vanguardia continental en la comprensión del peligro que emergía en el Norte ante las apetencias económicas y territoriales de la nueva potencia industrial que ya era Estados Unidos. Se reanimaban los intentos por comprar a Cuba, se proyectó y casi se realizó la anexión de República Dominicana o al menos de la península de Samaná, se intentó tomar la península haitiana de San Nicolás, las producciones de las tres islas —en especial el azúcar— engrosaron al naciente trust azucarero de la costa del Este. Las islas estaban en la mirilla, y su apoderamiento figuraba ya en a estrategia de los más sagaces y decididos líderes imperialistas de Estados Unidos.

Por eso, crecientemente, coincidieron los dirigentes antillanos en el criterio de la necesidad de unión de las tres islas para afrontar los nuevos peligros y asumir el progreso de sus pueblos. Así se expresaron los independentistas puertorriqueños Eugenio María de Hostos y Ramón Emeterio Betances;

Antonio Maceo, Maximo Gómez y José Martí, desde las filas patrióticas cubanas; y el dominicano Gregorio Luperón.

Todo este contexto histórico y social de la región fue el caldo de cultivo para la amplia y singular comprensión martiana de la unidad latinoamericana.

DESDE BOLÍVAR, LA UNIDAD LATINOAMERICANA.

Sabemos que desde su precoz adolescencia Martí leyó numerosas obras de historia y política acerca de la región. Se sirvió de las bien nutridas bibliotecas de Bernardo Valdés Domínguez, el padre de su gran amigo Fermín, y de Rafael María de Mendive, su mentor. No conocemos, sin embargo cuáles obras de temática latinoamericana pudieron estar a su alcance durante la primera deportación a España mientras cursaba sus estudios universitarios. Ni tampoco es posible precisar cuánto había examinado por entonces acerca de las ideas precedentes en torno a la unidad continental y en particular sobre el pensamiento de Simón Bolívar.

No obstante, no hay sombra de duda de que la estancia mexicana no sólo le abrió el acceso a la veloz comprensión *in situ* de aquella sociedad, su historia y su cultura, sino que durante ella también absorbió velozmente mucha información de alcance continental. Basta leer sus numerosos escritos en la *Revista Universal*, de México, para entender cómo dentro de la voluminosa y actualizada cultura de aquel joven intelectual en plena formación todavía, descuella su manejo de los temas mexicanos y regionales.

Aquí en México repitió a menudo juicios que muestran cómo ya disponía de una clara conciencia de la identidad común de los pueblos de Hispanoamérica, región que estimaba diferente a Europa y Estados Unidos, y a cuya autoctonía estimaba que se debían ajustar los esquemas organizativos en lo político y social. “A conflictos propios, soluciones propias”, sería fórmula reiterada en sus escritos mexicanos. Poco después, ya en Guatemala, completaría la comprensión de esa identidad al afirmar que nuestra América, frase que ya había usado en México antes, estaba formada por pueblos nuevos, mestizos culturalmente como resultado de un proceso antagónico de choque entre la civilización conquistadora y la aborígen.

Tal concepción es la llave maestra de su renovador y futurista pensamiento de unidad continental. Esa identidad compartida por encima de obvias diferencias sería, pues, para Martí, la base y el horizonte del camino unificador que, a su juicio, imponían las circunstancias inmediatas y mediatas.

El sustento ideológico en Bolívar es consciente desde la juventud martiana. Sus estudiosos están de acuerdo en atribuirle la autoría de un breve texto publicado en México poco antes de que se marchara de allí, que reproduce el discurso de Bolívar ante el Congreso de Cúcuta, encuentro donde tomó cuerpo la Colombia unida, cuyas palabras se dedican en buena medida a fundamentar la campaña libertadora continental y unitaria.

Así, plenamente identificado con el Libertador, en Guatemala llama con impaciencia juvenil esa unidad.

“El alma de Bolívar nos alienta; el pensamiento americano me transporta. Me irrita que no se ande pronto. Rencillas personales, fronteras imposibles, mezquinas divisiones ¿Cómo han de resistir, cuando esté bien compacto y enérgico, a un concierto de voces amorosas que proclamen la unidad americana?”

Su propia maduración como dirigente político durante la Guerra Chiquita, tanto durante la conspiración en Cuba como en su condición de íntimo colaborador en Nueva York del general Calixto García, le hicieron acercarse a los problemas prácticos de la organización patriótica y en los requerimientos de la república. Para entonces, la independencia cubana ya la veía como parte del proceso histórico y social del continente. Y en memorable discurso ante los emigrados cubanos de Nueva York, en 1880 calificó al pueblo, a la “masa adolorida” como “el verdadero jefe de las revoluciones”. Su entrada en las filas de la dirigencia revolucionaria cubana la hizo por entonces reconociendo así, explícitamente, el protagonismo de los sectores populares.

Por eso su breve pero intenso tiempo de análisis y elaboración en Venezuela, de enero a julio de 1881, culmina la formulación de su ideario unificador. Allí reencontró muchos de los problemas estructurales apreciados en México y en Guatemala, similar mimetismo y desconfianza hacia sus pueblos en las clases dominantes e ilustradas y, sobre todo, estudió a fondo el pensamiento y los hechos bolivarianos. Ya estaba claro de la necesidad de cambios hondos, revolucionarios en el continente, desatados por la urgencia de justicia social y por los tiempos nuevos que se abrían en el mundo. Entonces llama a “abrir ancho cauce a la vida continental” y proclamaba su consagración a la “revelación sacudimiento y fundación urgente” de su América.

MIRADA Y DEFENSA DE NUESTRA AMÉRICA DESDE NUEVA YORK.

Es absolutamente cierto que durante la mayor parte de su larga residencia en Nueva York el revolucionario cubano dedicó el grueso de sus escritos a las “Escenas norteamericanas”, esas casi 300 crónicas que muestran su dominio de la lengua y del estilo y en las que describe aquella potencia emergente en su plena diversidad de acontecimientos, personas, ideas y problemas.

Puede afirmarse sin temor que gracias a esos textos podemos conocer cabalmente el proceso de su aprendizaje acerca de aquella sociedad que se iba tornando un grave peligro para los pueblos de nuestra América. Pero no hay dudas tampoco de que, justamente por ello, su perspectiva latinoamericanista se precisa todavía más y, dentro ella, su criterio acerca de la unidad regional.

Pero no dejó de advertir los sucesos del ámbito latinoamericano, en particular la repercusión o manifestación en nuestra tierras de los procesos universales y continentales, como los debates y las luchas de intereses en torno a la construcción de un canal interoceánico por Panamá o por Nicaragua, la Guerra

del Pacífico de Chile contra Perú y Bolivia, los intentos de unidad centroamericana y en particular la campaña militar emprendida por el presidente guatemalteco Justo Rufino Barrios, las amenazas de la prensa y de políticos estadounidenses hacia México, la expansión mercantil y los movimientos anexionistas hacia las Antillas Mayores, los vaivenes de la política arancelaria norteamericana hacia las producciones del Sur y la política norteña de reciprocidad comercial.

El mensuario *La América*, en que publicó desde 1883, es con probabilidad el mejor exponente de su perspectiva continental. En el editorial que escribió al asumir la dirección en 1884, declara que sus propósitos eran: “Definir, avisar, poner en guardia, revelar los secretos del éxito, en apariencia,” de Estados Unidos. Se trataba, pues, de defender a nuestra América; defenderla en aquel presente ominoso y, sobre todo, prepararla para vencer en el futuro.

En uno de sus escritos se refiere al “definitivo establecimiento de un formidable y luciente país espiritual americano.” Adviértase que americano en este caso, como en otros muchos, no incluye a Estados Unidos y que llama a establecer un país espiritual, no real. Así, ya para esa época, el revolucionario cubano comprendía que un estado unificado latinoamericano era algo muy difícil de implantar. Pero como se desprende de esta y de otras afirmaciones en el mismo sentido, su idea de la unidad buscaba, en primer término, lo viable de su ejecución y la colaboración de conciencia y de intereses.

En otro escrito para *La América* había remachado este criterio de unidad espiritual, cuando dijo que la preocupación de la revista —es decir, de él mismo en virtud de su condición de director— era “la fusión del espíritu de todas en una sola alma americana”.

Por eso también dijo: “Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que no hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aún cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal nación espiritual, se amarán luego.”

Fina dialéctica entre realidad y deseo, entre presente y futuro, entre el ser y el deber ser, esta que expone Martí. Nos está diciendo así que nuestra América ya gozaba de unidad (dada por la identidad, los orígenes, la historia y los problemas similares), incluso por encima de las dificultades que la entorpecían como las luchas fratricidas (por entonces tenía lugar la Guerra del Pacífico), y que se trataba de hacerla más plena y efectiva.

Esa dialéctica la explicitó más en la misma publicación: “... los que aún no son, y en muchas cosas pudieran ser, como que lo son de naturaleza, los Estados Unidos de la América del Sur.”

No son interpretaciones interesadas de sus palabras: él mismo explicitó abiertamente sus razonamientos.

“Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo,

siempre en movimiento, y ahora aceleradas, el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto. Si no, crecerán odios; se estará sin defensa apropiada para los colosales peligros, y se vivirá en perpetua e infame batalla entre hermanos por apetitos de tierras.”

La íntima relación entre la identidad y la unidad latinoamericanas se pone de manifiesto también en esta otra idea publicada en *La América*.

“Como niñas en estación de amor echan los ojos ansiosos por el aire azul en busca de gallardo novio, así vivimos suspensos de toda idea y grandeza ajena, que trae cuño de Francia o de Norteamérica; y en plantar bellacamente en suelo de cierto Estado y de cierta historia, ideas nacidas de otro Estado y de otra historia, perdemos las fuerzas que nos hacen falta para presentarnos al mundo—que nos ve desamorados y como entre nubes—compactos en espíritu y unos en la marcha, ofreciendo a la tierra el espectáculo no visto de una familia de pueblos que adelanta alegremente a iguales pasos en un continente libre.”

Desde semejantes opiniones se comprende mejor el carácter de síntesis brillante que constituye su ensayo cenital “Nuestra América”, publicado en 1891, donde somete a aguda y acuciosa crítica las realidades sociales de la región y donde, además, desde sus párrafos iniciales manda a la unidad: “Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.”

Así, en cuadro unido, lograron los pueblos de Latinoamérica —ahora sí con Brasil incluido— impedir que cristalizaran los proyectos expansionistas y hegemónicos de la Conferencia Internacional Americana de Washington, seguidos y denunciados paso a paso por el periodismo martiano durante 1889 y 1890. De igual modo también se obtuvo la brillante victoria latinoamericana sobre el vecino del Norte en la Conferencia Internacional de las repúblicas de América, donde José Martí representó a Uruguay y desplegó todo su talento y previsión para encabezar aquella liza diplomática que no aprobó la unión monetaria con Estados Unidos.

De la primera expuso con brillantez previsor para su época, las motivaciones hegemónicas de Estados Unidos. Oigamos sus palabras:

“Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajusta una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo.”

Y continuaba, clamando por la defensa de nuestras tierras y de nuestros intereses:

“De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.”

De la Conferencia Monetaria de 1891, convocada a instancias de Estados Unidos para buscar una unión monetaria con América Latina, extrajo Martí notables conclusiones de sorprendente actualidad acerca de las nuevas maneras que iban estableciendo los dominios comerciales y económicos que caracterizarían las relaciones entre el Norte y el Sur desde entonces.

Veamos cómo advierte a la conciencia latinoamericana de entonces.

“Cuado un pueblo es invitado a unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado, podrá celebrarlo sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas, podrá recibirlo como una merced el político venal o demente , y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia de la patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado, y si están predispuestos a la obra común por antecedentes y hábitos comunes, y si es probable o no que los elementos temibles del pueblo invitante se desarrollen en la unión que pretende, con peligro del invitado; ha de inquirir cuáles son las fuerzas políticas del país que le convida, y los intereses de sus partidos, y los intereses de sus hombres, el momento de la invitación.”

Su conclusión es definitiva, y les glosó sus ideas principales al respecto.

“Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. (...) El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. (...) La unión con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.”

Para fortalecer esa acción práctica unitaria y contribuir al equilibrio de América y del mundo, el revolucionario cubano dedicó sus últimos años de vida a organizar la guerra de Cuba, cuya independencia, junto a la de Puerto Rico era paso que consideraba imprescindible para alcanzar la unidad continental ante el peligro del desborde estadounidense. Ese objetivo fundador del antiimperialismo sólo es comprensible en Martí si lo entendemos como consecuencia y a la vez como expresión de su particular y sopesada concepción de la unidad de América Latina, región a la que llamó, con cuidada expresión de político previsor y de sagaz sociólogo “Una en alma e intento.”

Cumplía así Martí la promesa que se hiciera mientras viajaba desde la meseta mexicana hacia la costa del Golfo en diciembre de 1876, cuando abandonaba México tras dos años de estancia acá.

En unas notas de ese viaje, apunta los temas que habría de desarrollar, y dice así: "México crece. Ha de crecer para la defensa, cuando sus vecinos crecen para la codicia. Ha de ser digno del mundo, cuando a sus puertas se va a librar la batalla del mundo. ¿Qué va a ser América: Roma o América? ¿Qué importa que el César no sea uno, si la nación, como tal una, es cesárea? ¡Abajo el cesarismo americano! Las tierras de habla española son las que han de salvar en América la libertad, las que han de abrir el continente nuevo a su servicio de albergue. La mesa del mundo está en los Andes."

Obsérvese, pues, el recorrido de México a los Andes, y la tarea magna que situaba ya en fecha tan temprana a la que comenzaba a llamar entonces nuestra América salvar la libertad frente a la Roma moderna, frente a la moderna nación cesárea.

Y continuaba en otro momento de esas notas de viaje escritas al vuelo, probablemente en medio del traqueteo del ferrocarril en que viajaba, y señalaba su propia responsabilidad amorosa ante México: "¡Ah. México querido! ¡Ah. México, adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja: por el Sur & &.—Tú te ordenarás: tú entenderás: tú te guiarás: yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte, pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas,—como un hijo, clavado a su ataúd, que ve que un gusano le come a la mare las entrañas."

Estremecedor mandato hacia la acción concertada, compacta, unida en esa despedida de Martí a los mexicanos. Las manos mexicanas de hoy no flaquean, no pueden flaquear ante su deber continental cuando el Continente se remueve en un nuevo proceso de actuación unida de nuestra América.

Se trata, pues, desde esa alma una que certeramente apreció José Martí, de echar adelante los nuevos intentos de unidad continental a que la historia, el presente y el futuro previsible nos obligan. Como dicen los mexicanos: Ándele, pues, que la mesa del mundo actual sigue en los Andes, en la Sierra Madre y también, claro que sí, en México todo.

La Habana, 24 de noviembre de 2009

